

FERNANDO CABEZA QUILES: *Galegos en Las Alpujarras granadinas*. Edit. Toxosoutos, sl.l. Noia (A Coruña), 2003; 109 págs.

Como un viajero clásico, Fernando Cabeza Quiles se adentra en el túnel del tiempo «*para poder conocer y hablar con nuestros antepasados gallegos*» emigrados a un remoto lugar de la Península. Este viaje a La Alpujarra, que también puede realizarse al revés o en direcciones múltiples (tantas como los orígenes propuestos), nos permite familiarizarnos, además, con la lengua gallega en la que está escrito el libro.

Cabeza Quiles rechaza el «*mito gallego*» que ciertos viajeros, más que investigadores, del siglo XIX y la primera mitad del XX difundieron entre la opinión pública cargando así más de exotismo a una Comarca en la que se adentraban más con ánimo aventurero que con la paciencia y la mente abierta del observador imparcial.

En efecto, los topónimos de diptongo en *eira* (por ej., Capileira) constituyeron el gran argumento por más que su origen esté atestiguado en plena Edad Media. Pero aún así a los perseguidores de esencias puede aparecerles la pervivencia de un substrato común, un mundo de identidades comparadas y esenciales, quizás, también excluyentes.

Nuestro autor, sin embargo, subraya el factor humano, ese que forma la de decenas de emigrantes gallegos que llegaron a repoblar la Comarca desde 1572.

Y hubo bastantes en algunos pueblos. Por ejemplo, todos los repobladores de Ferreirola y Trevélez fueron gallegos; en Capileira constituyeron el 48% de la nueva población mientras que en Paterna llegaron al 44% y en Cãñar no pasaron del 32%. Sin embargo, como nos advierte oportunamente el autor, muchos no se adaptaron a la nueva situación y se vieron obligados a emigrar.

Apenas esbozado, este itinerario personal es con mucho el más evocador: viajes de ida y vuelta, esperanzas rotas, el fracaso en gran parte un pro-

yecto utópico. La sociedad repobladora fue víctima de las propias limitaciones administrativas que en gran parte habían impedido la convivencia diaria con los moriscos por encima de las buenas intenciones.

En busca de los ancestros, encuentra sombras de lo que un día fue. Son evidencias que el autor rastrea en los lugares más insospechados: entre las líneas del listín telefónico, por ejemplo. O entre los nombres de lugar menores, a pesar de que la toponimia (una disciplina demasiado resbaladiza) tiene su rigor y observancia, sus inconvenientes y limitaciones.

Esta presencia aún es perceptible en algunos rasgos materiales. La rosa, «*típica de la cultura castreña*» y ejemplo de su «*genuina tradición gallega*», le sorprende en el sencillo motivo de una celosía popular hallada inesperadamente en una casa. ¿Coincidencia, tradición? Las culturas son algo más que elementos sueltos, son sistemas articulados.

Pero también -y esto es lo más interesante del libro- Cabeza Quiles nos propone reconsiderar la formación de un país como una realidad plural, de tradiciones diversas y a veces dispersas, algo con lo que debemos familiarizarnos para este futuro en el que estamos viviendo.

Una historia plural, sí. Hubo también gentes que al llegar sólo sabían hablar catalán (¿o era valenciano?). Son los que repoblaron gran parte del medio Andarax. Esa fue otra aventura vital que está esperando, como tantas otras, su escribano, que demanda su lugar en la historia de La Alpujarra.

En este viaje, de Galicia a Andalucía buscando a los gallegos perdidos, el autor descubre a su paso por Salamanca un letrado al lado de la carretera, otro encuentro inesperado pero cargado de significado. El cartel indica la dirección de dos pueblos próximos: uno se llama Castellanos... el otro Moriscos. Dos pueblos juntos pero distintos. Así fue la realidad que les tocó vivir a estos pobres emigrantes, cuya peripecia humana nos une al otro extremo de la Península.

L.C.B.